



LITURGIA, ORACIÓN, ESPACIO Y VIDA

lb⁵

dossiers **CPL**
editorial

LITURGIA, ORACIÓN, ESPACIO Y VIDA

Liturgia básica 5

**Dossiers CPL, 148
Centre de Pastoral Litúrgica
Barcelona**

Director de la colección Dossiers CPL: Joan Torra

Diseño de la cubierta: Mercè Solé

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA

Nàpols 346, 1 – 08025 Barcelona

Tel. (+34) 933 022 235

cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-9165-121-5

Depósito legal: B 11087-2018

Printed in UE

Imprime: Ulzama Digital, S.L.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

SUMARIO

PRESENTACIÓN	7
LA LITURGIA DE LAS HORAS EN LA PARROQUIA (JAUME GONZÁLEZ PADRÓS).....	9
LOS SALMOS DE LAUDES Y VÍSPERAS (HILARI RAGUER).....	27
AMBIENTAR UNA IGLESIA (FRANCISCO RAYA).....	45
LOS ESPACIOS DE LA CELEBRACIÓN (JOSÉ ALDAZÁBAL).....	63
LOS OBJETOS DE USO LITÚRGICO (JOSEP URDEIX).....	77
LOS LIBROS DE LA SACRISTÍA (JORDI GUÀRDIA).....	99
CATEQUESIS Y LITURGIA (JOSEP MARIA ROMAGUERA)	117
QUÉ DIJO EL CONCILIO VATICANO II SOBRE LITURGIA (BERNABÉ DALMAU)	131
EL SANTUARIO, ESPACIO DEL SILENCIO PARA LA ESCUCHA (JOSEP ENRIC PARELLADA).....	149
LA LITURGIA CRISTIANA, CELEBRACIÓN Y VIDA (XAVIER AYMERICH).....	169
ÍNDICE.....	191

LOS ESPACIOS DE LA CELEBRACIÓN

José Aldazábal

El espacio local donde tienen lugar nuestras celebraciones litúrgicas no es lo más importante. El culto en espíritu y en verdad no está ligado a un lugar exclusivo. En realidad, la comunidad cristiana se reúne en torno a Cristo Jesús, el Señor Resucitado, que es para nosotros el auténtico Templo donde se encuentran, en un diálogo admirable, la salvación que Dios nos comunica y el culto que nosotros le dedicamos a Dios.

Pero las iglesias, como lugares de culto, aunque no sean lo principal, son muy útiles: favorecen la reunión de la comunidad, y le prestan el ambiente para su oración, para la escucha de la Palabra, para la celebración de los sacramentos.

1. UNA IGLESIA EN MEDIO DEL PUEBLO

Nuestras iglesias tienen historia

La iglesia parroquial de un pueblo, o la capilla de una comunidad, tienen –o van teniendo, si son nuevas– una historia viviente. En el sentido cultural y social, porque aquí están las raíces de un pueblo y se oye el respiro de tantas generaciones que nos han precedido, que vivieron en otros tiempos con parecidas alegrías y penas que nosotros. Y también en el sentido religioso, porque en este lugar se han reunido, tal vez ya durante siglos, los fieles cristianos para celebrar la Eucaristía, para confesar sus pecados, para cantar sus alabanzas a la Virgen.

No somos los primeros que nos reunimos en este recinto. Somos herederos de tantos otros cristianos que aquí han honrado a Dios. Estas paredes, este altar, estos confesonarios, nos podrían contar, si pudieran hablar, de tantos rezos, cantos, lágrimas y alegrías de nuestros abuelos y antepasados más lejanos.

Es bueno que apreciemos el lugar donde celebramos la oración, los sacramentos y, sobre todo, la Eucaristía. Nuestra iglesia, tanto si es una parroquia

normal o una catedral o un templo o santuario famoso o una humilde capilla, tiene importancia para nuestra celebración y es importante que conozcamos el sentido que tienen sus diferentes espacios: el altar, el ambón de la Palabra, la sede del presidente, el lugar que ocupa la comunidad, los espacios bautismal y penitencial, la capilla del Santísimo.

Símbolo de Dios en medio del pueblo

Ante todo, podemos ver la iglesia desde fuera: lo que representa en medio de un pueblo, como punto de referencia, probablemente en un sitio céntrico, y ojalá con un airoso campanario que dé con sus toques de campanas un ritmo cristiano a la vida de un pueblo o de un barrio.

En una ciudad hay muchas casas, a cual más hermosa, y fábricas, escuelas y bancos. Es importante desde el punto de vista de la cultura que haya una sala de conciertos o un polideportivo, y desde la perspectiva social el ayuntamiento, y calles, jardines y fuentes. Pero está también la iglesia, recordándonos los valores espirituales en que creemos.

Una iglesia es para la sociedad un símbolo. Es el lugar donde se reúnen los cristianos, y además, para todos los que quieran entender este lenguaje, es el recordatorio de que por mucho que hayan cambiado los tiempos y las costumbres, el que en medio de las calles se vea una iglesia, y no como monumento, sino como espacio de una comunidad viva que se sigue reuniendo en ella, es un símbolo de que los valores espirituales continúan.

Por mucho que hayamos progresado humanamente, seguimos necesitando la salvación de parte de Dios. No nos salvamos a nosotros mismos. La iglesia es una imagen de los valores espirituales y un despertador de nuestra fe.

La palabra “iglesia” –del latín *ecclesia*, que significa “congregación”, convocatoria– designa a la vez el lugar (el edificio) y la comunidad (las personas). Solemos escribir “Iglesia”, con mayúscula, para designar a la comunidad, e “iglesia”, con minúscula, para el lugar. Porque la comunidad local que se congrega, sintiéndose unida a la Iglesia universal, es más importante que el edificio donde se reúne. En los primeros siglos no tenían “iglesias”, pero sí funcionaba la “Iglesia”.

2. LOS TRES POLOS DE LA CELEBRACIÓN

El *Catecismo de la Iglesia Católica* explica el sentido de los lugares de culto cristianos en sus números 1179-1186 y 1197-1199: “¿Dónde celebrar?”.

Cristo Jesús, el más importante en nuestra iglesia

Dentro de la iglesia, lo primero que tenemos que afirmar es que lo más importante que hay en ella es una Persona a quien no vemos. El protagonista de todo lo que aquí pasa, es Cristo Jesús, el Señor Resucitado, que ahora está en la existencia gloriosa y nos prometió “yo estaré con vosotros todos los días, hasta el final del mundo”, y también “donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo”, y “tomad y comed: este Pan es mi cuerpo, entregado por vosotros”.

Es él quien nos congrega, nos habla, nos perdona, se nos da como alimento. Nosotros nos reunimos aquí para celebrar todo eso, para dejarle a él que nos pueda comunicar su salvación. Aunque no le vemos, él es el Maestro, el Presidente, el Sacerdote, el Orante, el Guía de nuestra existencia cristiana.

Todos los elementos de esta iglesia –sobre todo el altar, el ambón y la sede, a los que podemos llamar *los tres polos de la celebración* y que se sitúan en el presbiterio– nos quieren recordar que él está presente. No son lugares u objetos solo funcionales, sino, a la vez, signos o símbolos de su presencia salvadora. En todos esos espacios es Cristo quien actúa.

El altar

El altar es el punto de referencia y el centro de la atención de todos, sobre todo en la segunda parte de la Misa. Es a la vez “ara de sacrificio”, porque en él celebramos el memorial del sacrificio de la Cruz, y “mesa” donde Cristo invita a su Pueblo a la mejor comida, su Cuerpo y su Sangre.

Antes, el altar estaba de espaldas, pegado al ábside, pero ahora, después de la reforma del Concilio Vaticano II, hemos vuelto a lo que había sido en los primeros siglos: el altar cara al pueblo, más cercano y visible.

Antes había varios altares laterales, donde cada sacerdote celebraba su misa. Ahora el altar, en el espacio central, es único. En su última edición, el Misal ya no habla de *altares* o del *altar mayor*, sino de *el altar*, sin más, en el que tanto los sacerdotes como los fieles son invitados a celebrar una única Eucaristía, en torno al mismo Cristo Jesús.

Este altar es de material digno, fijo, preferiblemente de piedra (como símbolo de Cristo que es la Piedra angular de la Iglesia), no necesariamente grande.

Cerca del altar, en un lugar bien visible para todos, está *la cruz*, que nos recuerda la muerte y la resurrección de Cristo, que es lo que celebramos cada vez en nuestra Eucaristía y en los demás sacramentos. La tercera edición del Misal nos recuerda que esta cruz es mejor que tenga la imagen del Crucificado.

El ambón

El ambón (del griego *anabaino*, subir, porque suele estar elevado) es el lugar destinado a la proclamación de la Palabra de Dios, las lecturas bíblicas.

En los últimos años ha mejorado notablemente la celebración de la primera parte de la misa, la liturgia de la Palabra. Aquí también hemos notado varios cambios después del Concilio. Antes las lecturas eran en latín y, por tanto, la gente no se enteraba mucho de ellas. Ahora se nos proclaman en nuestra lengua.

También es un enriquecimiento importante el que, con los leccionarios, se nos proclama la Palabra de Dios con una mayor abundancia: los domingos en un ciclo de tres años y, en los días de entre semana, de dos. Así prácticamente leemos lo más importante de la Sagrada Escritura, del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Otro cambio es el ministerio de los lectores, que pueden asumir los laicos en las lecturas que preceden al evangelio.

En algunas iglesias hay dos ambores y, en ese caso, se destina uno de ellos, siempre el mismo, a la proclamación de la Palabra, y el segundo, no tan adornado, a los otros ministerios (avisos, moniciones).

También en el ambón, en la proclamación de las lecturas bíblicas, es Cristo el protagonista. Antes de dárseos en la comunión como Pan y Vino de vida (segunda *mesa*), se nos da aquí como Palabra viva de Dios (primera *mesa*).

El Misal nos recuerda repetidamente en su introducción esta presencia real de Cristo ya en las lecturas bíblicas: "Cristo está realmente presente en su palabra", "Cristo, presente en su palabra, anuncia el Evangelio", "Cristo, por su palabra, se hace presente en medio de los fieles".

Este es el motivo por el que el ambón adquiere importancia en nuestras iglesias. El Misal dice que tiene que ser digno, estable (no un simple facistol

o atril), hacia el que se pueda dirigir fácilmente la atención de la comunidad, y que en principio este lugar está reservado a las lecturas bíblicas, o sea, a lo que Dios nos dice. Los demás ministerios –comentador, director de canto, oración de los fieles, incluso la homilía– es mejor que se hagan de otro lugar.

La sede del presidente

Hay un tercer espacio importante: la sede desde la que el sacerdote preside toda la primera parte de la misa, desde el saludo hasta el inicio del ofertorio. En las catedrales se llama “cátedra”, asiento solemne del Obispo de la diócesis.

El sacerdote que preside la Eucaristía es el signo sacramental de Cristo Jesús, que es nuestro verdadero presidente, pero que se manifiesta visiblemente a través del que actúa *in persona Christi*, personificando al mismo Cristo.

Al dirigir la celebración, al elevar la oración a Dios en nombre de todos y al aplicar a nuestra vida la Palabra de Dios en la homilía, el sacerdote está actuando en nombre de Cristo. Por eso preside la celebración.

La sede presidencial es única. Está de cara al pueblo, en una disposición en que resulte fácil la comunicación visual entre el sacerdote y la comunidad, de modo que la homilía la pueda hacer también desde la sede, ya que toda la primera parte de la Eucaristía la preside desde ella.

3. EL ITINERARIO CRISTIANO EN LA IGLESIA

Pero no todo empieza ni termina con la celebración eucarística, que sucede en el presbiterio. En la iglesia hay otros espacios significativos del itinerario de la vida cristiana.

La capilla del Santísimo

La capilla del Santísimo, con el sagrario, donde se reserva el Pan eucarístico, recuerda visiblemente la presencia activa de Cristo también fuera de la celebración. El sagrario ya no está como antes, en el altar. Si la iglesia es pequeña, suele colocarse en un lugar digno del mismo presbiterio. Si es grande, suele tener una capilla aparte.

El presbiterio, con el altar en medio, está pensado para la celebración misma. Mientras que la capilla del Santísimo ofrece un espacio adecuado para la adoración y la oración personal fuera de la celebración, delante del sagrario,

donde se guarda el Pan eucarístico para los enfermos –sobre todo para el viático– y también para que los fieles tengan durante el día ocasión y facilidad para adorar al Señor que ha querido quedarse con nosotros como Alimento de vida eterna.

La lámpara encendida ante el sagrario es un hermoso símbolo de que él está presente y de que nosotros también queremos estar presentes con nuestra atención y nuestra fe.

La fuente bautismal

Si la iglesia es parroquial, tiene otro espacio muy significativo: la fuente bautismal o baptisterio, que normalmente está cerca de la puerta de entrada (el bautismo es el sacramento de entrada en la Iglesia), aunque también se pueden celebrar los bautizos cerca del presbiterio.

El itinerario de un cristiano empieza ahí, en el baptisterio, que es como nuestra cuna, el seno materno de la Iglesia que nos ha dado a luz “por el agua y el Espíritu”. Todo lo que sigue en la vida del cristiano es consecuencia de eso. Somos cristianos. Esta casa es la nuestra. Cuando al entrar tomamos agua y nos santiguamos, o nos hacen la aspersion en la noche de Pascua o al inicio de la misa dominical, es para recordarnos que, si somos convocados a celebrar la Eucaristía, es porque estamos bautizados.

El espacio bautismal –limpio, digno, iluminado, adornado, apto para que se pueda hacer el bautizo por inmersión– lo deberíamos apreciar y visitar. Los que se preparan a la primera comunión o la confirmación, y todos nosotros, por ejemplo en torno a la Pascua, o en el aniversario de nuestro bautismo, estaría bien que nos acercáramos a esa fuente donde fuimos bautizados, nos santiguáramos con su agua y rezáramos a Dios para que no permita que se debilite la gracia con que nos llenó el día de nuestro nacimiento cristiano.

El espacio penitencial: los confesionarios

El itinerario de un cristiano empieza en el baptisterio, pero sigue por otro lugar también importante: el espacio penitencial, los confesionarios.

Somos bautizados, hijos de Dios, pero somos débiles y muchas veces pecamos, fallando al amor de Dios. Él ya pensó en esto, nos reconcilió en la Cruz de Cristo, y luego Cristo dio a su Iglesia el poder de perdonar, por medio del sacramento de la Reconciliación.

Cuando nos reconciliamos con Dios por el ministerio de un sacerdote, que actúa en nombre de Cristo y de la Iglesia –tanto si celebramos este sacramento individual como comunitariamente–, estamos participando de la victoria de Cristo Jesús en su Pascua sobre el pecado, para poder rehacer así nuestra vida cristiana.

Los confesionarios se van mejorando poco a poco: *a)* por ejemplo con un diseño más abierto, que haga posible el diálogo entre penitente y ministro (puede utilizarse o no la rejilla); *b)* y que posibilite el nuevo gesto de la imposición de las manos del sacerdote sobre la cabeza del penitente; *c)* con unas condiciones acústicas a la vez válidas y discretas; *d)* con la oportuna luz interior para poder leer la lectura bíblica al principio; *e)* con reclinatorio o asiento, según se haga de rodillas o sentados; *f)* y una sede del ministro que sea digna y expresiva de su ministerio de representante de Cristo.

Pero lo importante sigue siendo ese diálogo expresivo de la conversión y del perdón: “Yo me acuso”... “yo te absuelvo”. Y el protagonista de la absolución, aunque no se le vea ni oiga a él, sino al sacerdote, es Cristo Jesús, el que ha triunfado del mal y quiere liberarnos del pecado.

Las imágenes de la Virgen y los santos

Es una tradición cristiana que en el lugar de nuestro culto haya imágenes de la Virgen y de los santos. A diferencia de los protestantes, y antes los judíos, la comunidad católica ha pensado siempre que estas imágenes pueden ayudarnos en nuestra fe y orientarnos en nuestro camino hacia el cielo.

¡Qué lección nos da la Cruz de Cristo, sin palabras, solo con su presencia!
¡Qué ánimos nos dan las imágenes de la Virgen María y de los santos, que nos demuestran que, a través de los siglos, en condiciones favorables o difíciles, es posible cumplir el Evangelio de Cristo y seguir su ejemplo!

En cada iglesia –en sus paredes, en el retablo, en las vidrieras– habrá siempre la cruz de Cristo y también alguna imagen de la Virgen, su Madre. Pero, además, imágenes de algunos santos, en cada iglesia diferentes, según la cercanía o la devoción del lugar o de la familia religiosa.

Son imágenes que ciertamente no nos apartan de Cristo Jesús, el centro de nuestra fe, sino al revés: los santos son los mayores éxitos de Jesús, los frutos más maduros de su Pascua. Sobre todo la Virgen María, la que mejor cumplió en su vida el Evangelio de Jesús, la que estuvo siempre junto a Jesús

y también junto a su comunidad apostólica y por eso es invocada también como Madre de la Iglesia.

Sería bueno que alguna vez, en las letanías de los santos, enumeráramos explícitamente a los que aparecen en el ámbito de la iglesia propia. Nos ayudan a sentirnos miembros de la misma familia que ellos. Interceden por nosotros y nos estimulan en nuestro camino de vida cristiana.

4. A MODO DE BREVE VOCABULARIO

Además de los ya nombrados, que son los principales, es bueno recordar brevemente otros lugares que completan el espacio de nuestras iglesias.

Asientos: Además de la sede presidencial, hay otros asientos en la iglesia. Ante todo, los de la comunidad congregada. Y también los de los otros ministros que ayudan en el presbiterio, que deben colocarse en los sitios convenientes, pero que no deben hacer pensar que estos ministros –ni siquiera los sacerdotes concelebrantes– son copresidentes, porque la sede del que preside es única.

Atrio: Se llama así al pórtico previo a la iglesia misma, un espacio que sirve para distinguir el lugar sagrado del espacio de la calle. El atrio es un lugar apto para que los fieles puedan saludarse antes y después de la celebración, y prepararse anímicamente a entrar en la iglesia.

Baldaqúino: Es la tela que está fija sobre el altar, a modo de palio o pabellón, resaltando así la centralidad del altar en la iglesia. Cuando no es de tela, sino de madera o metal, se llama *ciborio*, como suele suceder en las grandes basílicas y en las iglesias románicas.

Bema: Es un estrado o tarima elevada, característica en algunas iglesias orientales. Desde este podio elevado se proclaman allí las lecturas bíblicas. Es correspondiente, por tanto, a nuestro ambón.

Campanario: Las iglesias cristianas, ya desde que fue posible su construcción –a partir del siglo IV, con la libertad de la Iglesia– han tenido adosadas unas torres o campanarios, con sonoras campanas que ayudan a señalar el ritmo de las fiestas y de las diversas celebraciones.

Capillas laterales: En las iglesias mayores suele haber, a los lados, unas capillas con imágenes de la Virgen o de los santos, que antes tenían también altares en los que se celebraba la Eucaristía.

Coro: Se llama así al lugar desde donde ejercen su ministerio litúrgico el grupo de cantores, que también se llaman coro. A veces las iglesias tienen un espacio para ellos al fondo, en un nivel elevado, con el órgano como instrumento central. Otras veces el coro de cantores actúa desde más cerca de la comunidad, formando parte de ella.

Credencia: La credencia es la mesita o repisa adosada a una pared lateral del presbiterio, donde se colocan, hasta que haya que llevarlos al altar o después de que hayan hecho su servicio, el pan, el vino, el agua, los paños purificadores, etc.

Cripta: Es una palabra que viene del griego *kripto*, esconder. Se designa con ella al espacio situado bajo la iglesia principal, a veces con capacidad y ambiente para celebrar también en él los sacramentos o la oración.

Dedicación: Dedicar significa consagrar, destinar un lugar u objeto al uso sagrado, o sea, al culto de Dios. Ya en el Antiguo Testamento se nos describen las fiestas de la dedicación del Templo de Jerusalén. Las iglesias cristianas también se *dedican* o *consagran*, sobre todo las catedrales y las parroquias. Las demás, al menos, deben ser *bendecidas*. Hay un *Ritual de la dedicación de iglesias y altares*.

Nave: Se llama así –tal vez por la forma que solían tener algunas iglesias clásicas– a la parte central de una iglesia, desde la puerta de entrada hasta el espacio del presbiterio. O sea, a la parte destinada a la comunidad congregada.

Orientación: La “orientación” significa el hecho de que las iglesias cristianas, en algunas épocas, se construían en dirección al oriente, al este, como símbolo del Cristo, Sol naciente, hacia el que se dirige la mirada espiritual de la comunidad cristiana. Ahora no se le da tanta importancia a esta orientación, entre otras cosas porque el presidente y el pueblo, vueltos ahora el uno hacia el otro, miran ambos al centro de la celebración: la Palabra, en la primera parte, y el Pan y el Vino del altar, en la segunda. O sea, a Cristo.

Pila de agua bendita: Es el recipiente más o menos hondo de agua bendita que se coloca junto a la puerta de las iglesias para que los fieles, al entrar, se santigüen con el agua y así recuerden su condición de bautizados al inicio de la celebración.

Presbiterio: Si nos referimos a las personas, “presbiterio” significa el conjunto de sacerdotes, de “presbíteros” que han sido ordenados en una diócesis como

Durante los siglos medievales y barrocos, las iglesias eran consideradas y construidas como “casa de Dios” (*domus De*), a modo de homenaje a Dios, cuanto más grandioso, mejor. Pero en los primeros siglos, y ahora de nuevo, se ven como “casa de la comunidad cristiana” (*domus ecclesiae*), un lugar donde la comunidad pueda reunirse para celebrar los sacramentos y orar. En acto de culto a Dios, evidentemente, pero con un destino de funcionalidad para que los fieles puedan ver y oír y celebrar.

colaboradores del obispo. Si nos referimos al lugar, llamamos “presbiterio” al área en torno al altar, en que también se sitúan el ambón y la sede presidencial, y muchas veces también el sagrario. Es un espacio un poco elevado y distinto de la nave de la iglesia.

Púlpito: Es el lugar elevado, adosado a una columna o a una pared lateral de la iglesia, construido en medio de la nave donde está la comunidad, y desde el que se predicaba antes en las celebraciones. Como no había megafonía, estaban pensados estos púlpitos para favorecer la audición por parte de todos.

Reserva: Después de la celebración de la Eucaristía, se guarda –se “reserva”– el Pan para poderlo llevar a los enfermos o para que comulguen los que no han podido acudir a la celebración. El “lugar de la reserva” es el sagrario o tabernáculo, que tiene particular significado en la tarde del Jueves Santo, después de la Eucaristía, porque se “reserva” el Santísimo para la comunión del Viernes.

Retablo: Es la tabla de imágenes y relieves que ocupa la pared detrás del altar, sobre todo a partir del siglo XII, o sea, en las iglesias góticas y luego en las barrocas. Algunos son verdaderas obras de arte.

Sacristía: Es la sala aneja a la iglesia, cerca del presbiterio, donde se revisten y preparan los ministros antes de salir a la celebración, y donde se guardan también los objetos, libros, vestidos y demás elementos litúrgicos.

Tabernáculo: Es otro nombre del sagrario.

Vía crucis: Es tradicional –la devoción data del siglo XIV, pero las estaciones en la iglesia son del siglo XVIII– que en nuestras iglesias haya un Via crucis, una serie de cruces o imágenes, situadas en las paredes –o, a veces, en el pasillo central del piso de la iglesia– que representan las diversas estaciones del camino de Cristo hacia la Cruz. Puede servirnos de lección y estímulo

para nuestra vida cristiana, que, como el camino de Jesús, no está libre de dificultades y de dolor, de caídas y fatiga.

5. LA CASA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

Las paredes no son lo más importante de la iglesia, ni las capillas ni las imágenes. Lo principal son las personas, la comunidad que nos reunimos aquí con el Señor Resucitado: pueblo de bautizados, pecadores, débiles, pero bautizados y creyentes.

El lugar de la comunidad, la nave de la iglesia, debe ser digno, acogedor, con buena visibilidad, desde el que se pueda oír bien y seguir toda la acción. Con buena megafonía. Con buena iluminación. Con calefacción o aire acondicionado, si hace falta.

Es la comunidad la que celebra: la que escucha y acoge la Palabra, la que reza y canta, la que es invitada a la mesa de la Eucaristía. Los ministros, desde el sacerdote que preside en nombre de Cristo hasta el último acólito, pasando por los monitores, lectores, cantores, músicos y sacristanes, ayudan a esta comunidad a que celebre bien.

Las paredes y los espacios, las imágenes y el altar, el ambón y la sede, tienen dos puntos de referencia: por una parte, a Cristo Jesús, a quien no se ve; por otra, a la comunidad de los cristianos reunidos, a la que quieren ayudar con su lenguaje propio a sentirse en la presencia de Cristo.

Un lugar hermoso y simbólico

Además de su funcionalidad –que sirva para la reunión de la asamblea, con buena visibilidad, condiciones acústicas, espacio para los diversos movimientos–, el lugar de la celebración debería reunir unas condiciones *simbólicas*, o sea, que expresen bien las realidades sobrenaturales que entran en juego en nuestra celebración: *a)* la presencia de Cristo en la misma comunidad reunida, en la Palabra proclamada, en el altar, en el presidente y, después, en el sagrario; *b)* la comunidad eclesial aquí congregada, como parte de la Iglesia universal, presidida por el sacerdote que hace las veces de Cristo; *c)* y además, el recuerdo del Templo del cielo, hacia el que nos dirigimos todos.

La hermosura y la expresividad simbólica de una iglesia tienen como finalidad que los cristianos se sientan aquí como en su casa, y que todo lo que les rodea les recuerde el misterio de salvación que están celebrando. Es como si la teología, o la fe, se hubieran convertido en paredes y edificio e imágenes.

Qué alegría cuando me dijeron

Hay un salmo, el 121, que cantamos muchas veces: “qué alegría cuando me dijeron, vamos a la casa del Señor”. Los judíos lo cantaban cuando, desde los pueblos, en grupos y caravanas, iban en peregrinación una vez al año al Templo de Jerusalén.

Nosotros, los cristianos, lo podemos cantar

- a) pensando en nuestro templo o capilla, que es casa de reunión, de oración, de paz y serenidad en medio de nuestro mundo ajetreado;
- b) pensando que nuestro mejor título de honor es que pertenecemos a la Iglesia de Cristo, esa que está esparcida por el mundo como Iglesia universal, y que en cada lugar es como una Iglesia en pequeño: nos reunimos en la iglesia, con minúscula, porque somos Iglesia con mayúscula;
- c) y pensando también en el cielo, la verdadera “casa” que el Señor nos prepara, y hacia la que todos vamos en peregrinación, a lo largo de la vida. El que en nuestras iglesias sea muy visible la imagen de la Virgen María, que ya ha concluido el camino, y ha entrado gozosa en la Casa del Señor que es el Cielo, y además en cuerpo y alma, nos debe llenar de esperanza, porque también nosotros caminamos tras ella, siguiendo a Cristo en su victoria, hacia la misma meta.